

EL

ALZHEIMER



Cuando yo era pequeñito mi abuelo vivía con nosotros y, me llevaba al parque todos los días.

Pasábamos las tardes enteras allí, hasta que se escondía el sol.

El me enseñó a jugar al fútbol, a las canicas..., pero sobre todo, a respetar a los demás y, no había día que antes de irse a la cama no fuera a darme un beso. Pero un día me sorprendió, estábamos celebrando una comida todos juntos y, no se acordaba de lo que había comido. Desde ese día le fuimos notando como poco a poco se olvidaba el nombre de las cosas, aunque él no se estaba dando cuenta.

Al levantarse de la cama había veces que se ponía

dos camisas o dos jerseys...
e incluso comía la sopa con
el tenedor, pero él nunca
jamás se olvidaba de dar
me el beso todas las noches
antes de irse a dormir.

Un día en el que mi madre
se fué a trabajar, mi abue-
lo salió de casa sin rumbo,
se hacía tarde, oscurecía y
él no venía.

Mis padres estaban muy
preocupados, porque sabían
que él solo no sabría regre-
sar y, tampoco sabían a
dónde acudir para encon-
trarle.

Pero a mí se me ocurrió
una gran idea, ir al par-
que donde, él y yo, pasa-
mos tantas tardes juntos.
Cuando fuimos allí, mi abuelo
estaba sentado, en el mis-
mo banco, donde siempre él
me esperaba cuando subía
al talloogán.

Estaba solo y congelado, por que la noche venia fría, pero el reaccionó como si fuera todo normal y no pasara nada.

Desde ese día mis padres tomaron la decisión de llevarle a un sitio adecuado, donde hubiera personas con el mismo problema que mi abuelo.

Y así fué, pero lo que más tristezza me dá, es, que cuando voy a verle al centro, ya no me conoce, ni se acuerda de mi nombre. Sólo, me habla de su hermano pequeño, cuando le llevaba al parque todas las tardes y, le esperaba sentado en el banco, mientras éste, subía al tobogán.